

REVOLUCION EN LA LIBERTAD

EL triunfo de Eduardo Frei en las elecciones chilenas, por un considerable margen sobre su más directo opositor Salvador Allende, es un acontecimiento con honda repercusión no sólo en América, sino en el mundo en general, que debe ser también meditado muy atentamente en nuestro país.

Por primera vez en la historia moderna, fuera de Europa, de sus frutos, el apoyo de los Cristianos al movimiento democrático. Esa ha sido y está siendo, ni más ni menos, la aportación de la Democracia cristiana al pensamiento político moderno. Después de muchas luchas, de muchas incomprensiones, cuando unos pocos pioneros, principalmente en Europa, avanzaron solos, hoy la Democracia Cristiana ha sido el cauce político por donde los católicos han vueto, masivamente, a conectar con el mundo que les rodeaba. Y en eso está la clave del éxito en Europa, primero, y ahora en Chile: el presentar nuestra verdad en lo temporal con lenguaje moderno, con lenguaje democrático.

Porque la Revolución Democrática, nacida después de 1789, tiene raíces cristianas, aunque muchas veces no hayamos sido nosotros sus portavoces. Y quizá esta defección es la causa de que se mezclase con errores graves, como su identificación con el capitalismo y su liberalismo escéptico y neutro.

El gran error del siglo XIX, fue el creer que en una sociedad libre, la verdad en cuanto a las determinaciones de la vida civil, y las decisiones conformes a la dignidad humana habrían de emerger automáticamente, como en un tablado de boxeo absolutamente neutral. «Así la sociedad democrática, en su comportamiento concreto, no tenía idea de sí misma; y la libertad, desarmada y paralizada, quedaba expuesta a los manejos de quienes la aborrecían». En ese clima, abstencionista, pudo desarrollarse un sistema cuyo espíritu conduce como fin principal a producir y acumular riquezas sin término, con falta de toda norma ética superior, lo que trajo como consecuencia la explotación de gran parte del género humano que era —y aún es— solamente instrumento de producción para el capitalismo. La reacción a tal desorden fue el socialismo marxista, que identificaba totalmente los males que padecían los pobres y los explotados con el marco jurídico constitucional en que se desarrollaban, y que para ellos no era sino una supraestructura al servicio de la burguesía dominante. Mientras tanto, los cristianos mayoritarios, entonces fuera de este debate vital, se esforzaban en condenar tanto el sistema liberal como la reacción marxista, sin intentar superarlos, sino con afanes

nostálgicos de volver a viejos módulos inservibles del antiguo régimen. Solamente algunos pioneros comprendían que la única réplica al marxismo y a su concepción de la vida, era encontrar otra tan atractiva como la suya, y pensaron que la más acorde con la dignidad humana, y la que mejor podría realizar aquí abajo, aunque imperfectamente, las preocupaciones evangélicas, era la democrática, purificándola y volviendo a sus profundas raíces cristianas.

Porque como ya dijo Henri Bergson, y repite certeramente Maritain «Son el Evangelio y la Iglesia los que han enseñado a los hombres el respeto a la persona y a la vida humana, el respeto a la conciencia y a la pobreza, la dignidad de la mujer, la santidad del matrimonio, la nobleza del trabajo, el valor de la libertad, el infinito valor de cada alma, la esencial igualdad de los seres humanos de cualquier raza y condición delante de Dios».

Este ha sido el gran esfuerzo de la Democracia Cristiana en el mundo, entre incomprensiones, y a veces entre hombres aprovechados que han hecho de ella guarida cobertora de sus privilegios, y último intento de mantener posiciones de injusticia. Hoy el fruto es claro en determinadas regiones de Europa y excluidos esos inauténticos que pretendrían sólo medrar protegidos por ella, empieza también a serlo en América.

Por su ayuda la democracia se ha revitalizado con su propia concepción del hombre y de la sociedad, con su propia filosofía y su propia fe, por ello se ha aproximado lo más posible a su primitivo fermento evangélico.

En Hispanoamérica el capitalismo había creado estructuras de explotación que exigían una revolución, un cambio urgente para remediarlo. Frente a la posición marxista, Eduardo Frei, con ese bagaje ideológico a que antes nos hemos referido, ha enarbolado la bandera de la Revolución en la libertad y su pueblo le ha otorgado un amplio margen de confianza para realizarla. Nosotros pensamos que es el único camino propio de los hombres libres que garantiza a todos la posibilidad, dada la actual situación pluralista del mundo, de luchar por sus propias concepciones, respetando siempre unos principios intangibles. Esos principios se pueden concretar en un Estado de Derecho con los poderes de los gobernantes sujetos a la Ley, separados en legislativo, ejecutivo y judicial, con respeto a los derechos fundamentales del hombre y con una protección adecuada para las transgresio-

nes de éstos por parte de los Tribunales de Justicia.

No se puede decir, como lo han hecho algunos periódicos, que el gran derrotado es Castro y su doctrina, con lo que se quita importancia al triunfo de Frei. El gran vencedor en Chile, es Frei y su revolución en la libertad, y sólo una consecuencia aunque importante de ello es el fracaso castrista. Por Frei han votado los mineros y los campesinos, gran parte del pueblo modesto que por primera vez sale así de la órbita marxista.

La tarea es enorme; le esperan: la alfabetización, la construcción de viviendas dignas para todos, la reforma agraria, la de la empresa, la explotación adecuada de las riquezas chilenas...

Quiere ser el gobernante de los pobres, de los que sufren, de los que aún esperan, y por eso tiene que acabar con privilegios ancestrales e injustos, pero tiene que hacerlo con medios cristianos, morales, en la Libertad. La Democracia Cristiana con Frei a la cabeza, cree en su verdad, en nuestra verdad, y el pueblo chileno también cree.

Su ejemplo puede ser vital para otros países, entre ellos el nuestro, que también necesitan esa revolución que no puede hacerse, y ese es nuestro pensamiento, sino siguiendo el camino que hoy se inicia en nuestro país hermano.

GREGORIO PECES-BARBA
MARTINEZ